

ciones, pero de noche y en secreto. Cansado el general Lanza de ver tan inútil destrucción como la producida por las bombas, falta de víveres y deseando desembarazarse de sus muertos y heridos, pidió el 30 un armisticio que se prolongó dos veces, hasta que el 6 de junio se decidió á capitular, abandonando la capital y obteniendo libre salida para sus tropas, cuyo embarque duró catorce días. El 20 de junio las últimas fuerzas reales evacuaron la ciudad.

Aquel mismo día Garibaldi recibió de refuerzo dos mil quinientos voluntarios que le llevó Médici desde Génova. Con éstos y la fuerza que tenía formó tres divisiones con orden de marchar por distintos caminos á reunirse delante de Mesina. Una de ellas iba al mando de Bixio, la otra al de Turr y la tercera al de Médici: las dos primeras no encontraron resistencia notable, pero contra la de Médici salió de Mesina el coronel Bosco con cuatro mil hombres y tomó posición el 17 de julio en la angosta península de Milazzo. Al saber esto Garibaldi, que había recibido entretanto otro refuerzo de mil quinientos hombres llevados por Cosenz desde Génova también, marchó á reunirse con Médici y resolvió atacar á Bosco el 20 de julio. Rudo fué el combate, que duró casi todo el día; mas al fin descalabrados los napolitanos tuvieron que retirarse al fuerte de Mesina, mientras los garibaldinos ocuparon la ciudad y se fortificaron en ella levantando barricadas. Tres días después tuvo que capitular Bosco cumpliendo las instrucciones recibidas de Nápoles, obteniendo libre salida el 28 de julio. Las tropas reales entregaron á Mesina sin combate, porque el gobierno napolitano, convencido de que no podía conservar la isla, se había decidido á evacuarla y á salvar las tropas que allí tenía para la defensa del continente.

Garibaldi había realizado en pocos días su plan, arrancando al cetro de los Borbones de Nápoles la isla de Sicilia: veremos ahora cómo realizó la segunda.

VII

NÁPOLES. — CASTELFIDARDO. — GAETA

Cuando se recibieron en Nápoles las noticias del desembarco de Garibaldi, de la ocupación de Marsala, del combate de Calatafimi y por fin de la toma de Palermo, todo fué estupor, cólera y confusión en el gobierno. El rey era joven, sin experiencia, abrumado bajo el peso de las faltas de su raza, y estaba rodeado de consejeros cuyas opiniones contradictorias sólo servían para aumentar la indecisión, cuando lo que en aquellos momentos convenía era una resolución pronta y enérgica.

Francisco II se dirigió á las cortes extranjeras con amargas quejas y acusaciones contra el Piamonte y en parte también contra Inglaterra, y reclamó la garantía de las grandes potencias en favor de la integridad de su reino; pero á pesar de la indignación que mostraron la mayor parte de los gabinetes, excepto acaso el inglés, ninguno se manifestó dispuesto á encargarse de este compromiso.

En tal situación, Napoleón III, en quien Europa tenía los ojos fijos, debía escoger entre tres políticas: 1.^a Aceptar francamente la unidad italiana y ponerse á la cabeza del movimiento; 2.^a Combatir la unidad, defendiendo con energía al Papa y al rey de Nápoles; 3.^a Observar una actitud expectante, invocando el principio de no intervención, y dejarse llevar por los acontecimientos en lugar de dirigirlos.

Este último partido fué el que el emperador adoptó.

Así pues, cuando el 12 de junio se presentó en Fontainebleau, donde se hallaba la corte, el conde de San Martino, nombrado por Francisco II su embajador extraordinario, el emperador, después de escucharle con paciencia, le contestó que concedería su apoyo á aquel monarca con la condición de que otorgara una organización autónoma á Sicilia, de que promulgara el régimen constitucional en su reino y en fin de que procurara entrar en inteligencia con el Piamonte. A las protestas del enviado napolitano, en especial por lo que se refería á la última condición, replicó: «Hay que tener en cuenta que estamos en el terreno de los hechos. No deseo la anexión de la Italia meridional; pero tampoco puedo deshacer lo que he creado, ni renunciar al principio de no intervención. Cavour es hombre de buen sentido, conoce los peligros de la revolución y no quiere proceder sino progresivamente: entendeos con él.» Y con esto puso fin á la audiencia.

Francisco II no tuvo más remedio que decidirse á seguir el consejo, y el 25 de junio publicó una proclama concediendo amnistía por todos los delitos políticos, nombrando un ministerio liberal bajo la presidencia del conde Spinelli, aceptando la bandera tricolor italiana y prometiendo la alianza con el Piamonte y la redacción de una constitución para Nápoles y Sicilia; según dicha proclama, esta isla tendría un gobierno autónomo bajo el mando de un príncipe real en calidad de virrey. Estas concesiones tardías aumentaron la excitación en lugar de satisfacer á la población de Nápoles, y una junta revolucionaria secreta las declaró sin valor, como arrancadas á la fuerza. El 28 de junio ocurrieron grandes desórdenes en la capital y el ministerio tuvo que declarar el estado de sitio, mientras que por otro lado se esforzaba en dar garantías de su sinceridad decretando la formación de una guardia nacional, la libertad de la prensa y el restablecimiento de la constitución del 10 de febrero de 1848. Esto sin embargo, no mejoró la situación de los ánimos y en Nápoles se siguió trabajando en favor de Víctor Manuel y de la Italia unida.

El monarca napolitano, siguiendo dócilmente los consejos de Napoleón III, ó mejor dicho, obligado por las circunstancias, envió en julio á Turín dos embajadores extraordinarios, los Sres. Manna y Winspeare, con objeto de negociar entre los reinos de Nápoles y Cerdeña una alianza política, aduanera y comercial que tuviera por objeto fusionar los intereses de los dos Estados y asegurar la independencia de la Península contra todo ataque ó ingerencia extranjera.

El embajador francés M. de Talleyrand había recibido de su gobierno la orden de allanar las dificultades que pudieran oponerse al logro de la misión de los enviados napolitanos, y al efecto tuvo una conferencia con Cavour. El 16 de julio escribía al ministro de Negocios extranjeros Thouvenel: «He hecho saber al conde de Cavour que si persistía en la línea de conducta adoptada respecto del rey de Nápoles, sería inminente la ruptura entre el reino de Cerdeña y los de Prusia y Rusia; que la misma independencia de Italia podía peligrar á causa de una política que nuestra conciencia y nuestra rectitud reprueban, y en fin que podría estallar la guerra europea, resultante de la revolución italiana, haciendo que Francia se colocara allí donde la llamaran sus intereses y no los de Víctor Manuel.

»El conde de Cavour, señor ministro, me ha escuchado con cierta emoción. — Si hacemos lo que las potencias nos piden, ha contestado, nos arrojarán por las ventanas. La popularidad del mismo rey no podría salvarle. Nadie me lo aconsejará en Italia, porque nadie cree en el rey de Nápoles, el cual hará lo que hicieron su abuelo y su padre. Las situaciones son idénticas y la experiencia está ahí para decirnos lo que será el porvenir. Los peligros y las dificultades son inmensos, y reconozco que mi posición es una de las más difíciles en que me he encontrado.»

En las negociaciones que siguieron, los embajadores napolitanos llegaron, de concesión en concesión, á reconocer el derecho de los sicilianos á disponer

de sus destinos. Entonces Víctor Manuel escribió á Garibaldi para inducirle á no pasar el estrecho; pero éste, por toda respuesta, solicitó respetuosamente del rey el permiso de desobedecerle.

La resolución del conquistador de Sicilia preocupaba á Cavour, que cada día esperaba recibir la noticia de que había desembarcado en el continente. Las exageradas medidas revolucionarias que había tomado aquél en la isla, donde se había entregado á sus más exaltados amigos desorganizándolo todo y no reparando en detener al mismo La Farina enviándolo á Turín, le aconsejaban contener la revolución, pero dirigiéndola. Con este objeto meditó y trató de llevar á cabo un plan que le permitiera á la vez dejar burlado á Garibaldi y anexionar el reino de Nápoles al de Cerdeña. Este plan era el siguiente: provocar en la capital una insurrección popular ó bien una sedición militar; ocasionar de este modo la partida del rey, y en seguida hacer que se votara la anexión. De esta suerte se anticiparía á Garibaldi, á quien se dejaría entrar en Nápoles como triunfador, pero sin que recogiera el fruto material de la victoria. Los principales instrumentos de esta combinación fueron el almirante Persano y el embajador sardo marqués de Villamarina, y entre los napolitanos se contaba con el ministro del Interior Liborio Romano y con el general Nunziante, que estaba á la sazón en Suiza, pero que debía volver á su patria. Además, los tíos del rey conde del Aquila y conde de Siracusa no eran del todo ajenos al complot.

Cavour empezó por enviar á las costas de Nápoles gran número de fusiles que se depositaron en lugar seguro, y luego dos medios batallones de *bersaglieri* que se repartieron ocultamente entre los buques de la escuadra piamontesa fondeada en el puerto de Nápoles. El almirante Persano por su parte procuró atraerse á los oficiales de la marina napolitana y lo consiguió en gran parte. Pero no bastaba esto; se requería contar con cómplices decididos en la ciudad, y aunque no faltaban, las divisiones y negligencias que reinaron entre ellos demoraron más de lo conveniente la ejecución del proyecto.

En esto, se supo que Garibaldi acababa de desembarcar en tierra firme. Tan sólo quedaba una esperanza de arrebatarle su victoria, la de inducir al rey á emprender la fuga; el conde de Siracusa le aconsejó que imitase á la duquesa de Parma; el ministro Liborio Romano intentó hacerle adoptar la misma resolución; pero el rey no partió, á pesar de que se iba quedando cada vez más solo.

El audaz jefe de los voluntarios había pasado con sus fuerzas al continente en la noche del 19 al 20 de agosto. A las órdenes de Bixio se embarcaron en los vapores *Torino* y *Franklin* unos cuatro mil trescientos hombres que saltaron á tierra en la Calabria sin encontrar obstáculo. Para defender esta provincia tenía el gobierno napolitano la brigada Brigenti cerca de Reggio, la brigada Melléndez cerca de Bagnara y una reserva de doce mil hombres al mando del general Viale, en total treinta mil hombres. El primer encuentro fué un triunfo para los garibaldinos: Bixio entró en Reggio y empujó á la guarnición dentro

del castillo, donde vió ésta que tampoco estaba segura, porque Garibaldi se había apoderado entretanto de las alturas que dominaban el fuerte. Entonces le evacuaron los napolitanos, obteniendo libre salida con los honores militares. Garibaldi, dueño ya de un punto marítimo seguro, mandó que acudiera desde Sicilia el resto de sus tropas á las órdenes de Cosenz y de Médici, y llegadas éstas, marchó contra Brigenti que se había unido con una parte de la brigada Melléndez. Atacó á los napolitanos cerca de Villa San Giovanni el 23 de agosto, y tan grande fué el desaliento y la falta de confianza de las tropas reales, que aunque ascendían á nueve mil hombres, se rindieron al enemigo mucho menos numeroso. Entonces se propagó la sublevación rápidamente: Cosenza, Foggia, Potenza, Bari y otras ciudades se levantaron, unas con la aquiescencia de las guarniciones y otras después de una corta lucha con ellas. El general Ghio, sucesor de Viale, que había caído enfermo, se rindió después de simular una corta lucha el 30 de agosto, y lo mismo hizo la brigada Caldarelli al ver cerrado el camino de Salerno.

Estas noticias causaron en la corte de Nápoles el mayor estupor, pues no se creía que las cosas marcharan tan rápidamente. Entonces Francisco II trató de salvarse desviando hacia otros soberanos el golpe que le amenazaba, y de acuerdo con él, Liborio Romano ofreció á Garibaldi cincuenta mil soldados, toda la escuadra y tres millones de ducados para atacar los Estados del Papa y el Véneto, renunciando también el rey á la isla de Sicilia, á condición de que Garibaldi le dejara en cambio el continente. La idea secreta de esta proposición era envolver al Austria en la lucha y, en la suposición de que quedara vencedora, dar lugar á una restauración completa. Pero Garibaldi no quiso aceptar de ninguna manera semejante proposición y avanzó sin detenerse y sin que en opinión del rey pudieran hacerle frente las tropas que se hallaban entre él y Nápoles. Entonces se decidió ya Francisco II á salir de la capital y á defenderse con las fuerzas que le quedaban detrás del Volturno. Dió orden á la escuadra de que le siguiera á Gaeta, pero la escuadra ganada por el almirante Persano ya no le obedeció.

El 6 de septiembre á las cinco de la tarde salió el rey de palacio acompañado de su familia, algunos funcionarios fieles y los ministros de Austria, España, Prusia y Baviera, y se embarcó á bordo del buque español *Colón* que debía llevarle á Gaeta. El pueblo no hizo manifestación de ninguna clase al ver marchar á su monarca. Sólo un barco de la marina nacional le siguió, el *Parténope*, lleno de marineros que habían querido protestar de la defección de sus oficiales, los cuales se habían reunido en gran número á bordo de la escuadra piamontesa.

Invitado Garibaldi por Liborio Romano, efectuó el 7 de septiembre su entrada en Nápoles y se proclamó dictador de las Dos Sicilias en nombre de Víctor Manuel. Diez y ocho días habían bastado para conducir á Garibaldi desde Melito á Nápoles; pero muy lejos de contentarse con este resultado y de in-

vocar la monarquía de la Italia del Norte, sólidamente constituída, para que asegurara el resultado obtenido y derribara el último resto del poder napolitano, siguió implacablemente su primer propósito de marchar también contra Roma y proclamar la unidad de Italia desde el Capitolio. Hasta donde le fué posible sin desviarse de su programa, satisfizo las pretensiones del partido anexionista; entregó toda la escuadra napolitana, compuesta de treinta y cuatro buques, al almirante Persano é hizo proclamar en Nápoles la constitución del Piamonte, reservándose, sin embargo, señalar el momento en que había de entrar en vigor. También fué formado el ministerio nuevo, en el cual quedó del anterior sólo Liborio Romano, de manera que Cavour podía estar satisfecho. Sin embargo, Garibaldi rechazó en términos absolutos todo trato personal con Cavour, y recelando que Depretis, al cual había nombrado predictador de Sicilia, trabajara á favor de la anexión, le destituyó durante una corta permanencia en Palermo y nombró en su lugar en 11 de septiembre á Mordini, natural de Toscana, al cual dió un ministerio democrático.

Íbase acercando el momento en que Garibaldi, continuando su plan, dirigiese sus triunfadoras armas contra el Papa, dando lugar irremisiblemente con esto á un choque con la guarnición francesa de Roma, y también contra el Véneto, donde tropezaría con Austria.

Cavour, siempre receloso de los irreflexivos arranques de Garibaldi, vió que, para impedir el que temía, no tenía otro remedio sino anticiparse á él en la frontera pontificia lo mismo que había querido anticiparse en la invasión de Nápoles, pero esta vez sin confiar el resultado al complot ni á la intriga, sino clara y ostensiblemente. Preparó, pues, sus trabajos en este sentido diplomáticamente, y al mismo tiempo que valiéndose del diputado Gualterio y de sus partidarios procuraba suscitar en las Marcas y la Umbría, provincias pontificias, una insurrección que le diera pretexto para intervenir con las tropas piamontesas y que hacía ver á los reaccionarios la necesidad de esta intervención para impedir los excesos de la revolución, envió á Chambéry, donde en aquellos momentos se hallaba Napoleón III visitando los países recién anexionados al Imperio, á Fanti, ministro del Interior, y al general Cialdini, quienes, con pretexto de pasar á saludarle, le impusieron de los proyectos de Cavour y de las causas en que los fundaba, y exploraron su ánimo. Asegúrase que la respuesta del emperador fué tan lacónica como terminante: «Obrad, pero obrad pronto.» (*Fate ma fate presto.*) Si no la dió en realidad, lo cual pone en duda algún historiador, fué lo cierto que dejó obrar sin decir una palabra.

Para explicar la conducta de Napoleón en esta ocasión hay que tener en cuenta algunos antecedentes.

Poco antes había entrado Pío IX en relaciones con el general francés Lamoricière, á quien llamó á Roma para encargarle la reorganización de su ejército. Lamoricière, nacido en Nantes en 1806, era uno de los más brillantes militares que no habían querido reconocer el segundo Imperio. Bienquisto de los legiti-

mistas por sus relaciones de familia y por su religiosidad; de los orleanistas, por su heroica conducta en las campañas de Africa, y de los republicanos por su encarnizada oposición al golpe de Estado del 2 de diciembre, había permanecido desterrado en Colonia hasta que en 1857 Napoleón III le concedió autorización para volver á Francia. Monseñor de Merode, ministro de las Armas del Papa, tuvo noticia de sus especiales condiciones y de su adhesión á la causa pontificia, y de acuerdo con Pío IX le propuso ponerse á la cabeza del ejército papal y reorganizarlo, misión que dicho general aceptó, previa la autorización del emperador para conservar su cualidad de francés sirviendo bajo las banderas del Sumo Pontífice.

El gobierno pontificio tenía el proyecto de aumentar su ejército hasta veinticinco ó tal vez treinta mil hombres, invadir con ellos en octubre la Romaña y reconquistarla, contando en caso de derrota con encontrar apoyo en el ejército de ocupación francés. Napoleón, que no ignoraba este propósito, quiso por lo mismo retirar sus tropas de Roma, y dió orden á Gramont de negociar en este sentido. Antonelli, que estaba enemistado con el ministro de la Guerra pontificio, Merode, jefe del partido belicoso, apoyó cerca del Papa las proposiciones de Napoleón, y el 12 de mayo, después de un cambio de notas, se pusieron de acuerdo el Papa y el gobierno francés en que empezase la evacuación de Roma sin demora y quedara concluída en el mes de agosto. Impidió entonces la realización de este proyecto la noticia del desembarco de Garibaldi en Marsala y sus triunfos de Sicilia. En vista de estos sucesos el partido del Papa en la corte de Francia, al cual pertenecía también el general Goyón, que mandaba el ejército de ocupación francés en Roma, desarrolló una actividad febril para hacer cambiar á Napoleón completamente su política. El partido pontificio tenía el apoyo de la emperatriz y de Randon, ministro de la Guerra, y pidió primero la vuelta de Goyón á Roma, pues había sido llamado á París en agosto, y segundo el relevo de Gramont. Su amenaza más terrible fué que el Papa abandonaría á Roma si el emperador no le protegiera contra una sublevación en la ciudad ó contra un ataque desde fuera; y hasta Gramont confirmó la seriedad de este propósito añadiendo que Pío IX pensaba en semejante caso pasar por Ancona, embarcarse en un buque de guerra austriaco y trasladarse á Trieste y de allí á Viena. Para impedirlo, recomendó Gramont que se contestara á la pregunta formal formulada por el nuncio en 10 de agosto con la promesa terminante de dar la protección pedida por el Papa. Tal como estaba la situación, no podía titubear Napoleón en prometer lo que se le pedía; pero de todos modos le convenía evitar á toda costa un combate, y para esto no había casi otro medio más que encargar á los piemonteses que tuviesen á Garibaldi alejado de Roma y permitirles á este fin atravesar con su ejército el Estado de la Iglesia para dirigirse á Nápoles; de suerte que Garibaldi no pudiese atravesar la frontera sin tener colisión con las tropas reales piemontesas. Por supuesto que apelando á este recurso permitía al mismo tiempo la anexión de Nápoles,

de la Umbría y de las Marcas, si bien es de presumir que entonces había renunciado ya á la esperanza de impedir estas anexiones; pues á fines de julio había dicho ya Thouvenel que el triunfo de Garibaldi era, por desgracia, casi seguro, y que en este caso la Francia para conservar el equilibrio político debería anexionarse la isla de Cerdeña. Claro está que semejantes ideas no se manifestaban públicamente, pero determinaron la conducta del emperador en esta crisis inevitable.

Para preparar diplomáticamente, por lo que á la corte romana atañía, la entrada de las fuerzas piemontesas en los Estados del Papa, Cavour pidió en 7 de septiembre al cardenal Antonelli que licenciara las tropas extranjeras enganchadas en el ejército papal, y compuestas de voluntarios llegados de Francia, Bélgica, Irlanda, Austria y Baviera, pues que el gobierno piemontés no podía permitir que se sofocara á la fuerza el movimiento nacional en la Umbría y en las Marcas, y apenas rechazó Antonelli el 11 de septiembre esta exigencia con una enérgica protesta, se efectuó en Umbrino y Frosombone el levantamiento de las poblaciones y al propio tiempo pasaron las tropas reales la frontera, mientras Cavour, en una circular dirigida á las potencias europeas, trataba de demostrar que se había tomado esta medida en interés del principio monárquico y hasta de la seguridad del Papa.

El ejército piemontés puesto á las órdenes de Fanti estaba dividido en dos cuerpos al mando de los generales Cialdini y Rocca y constaba de cuarenta mil hombres aguerridos, disciplinados y abundantemente pertrechados, mientras que Lamoricière ni aun disponía de la mitad para entrar en combate, porque de sus veinte mil hombres, la cuarta parte por lo menos guarnecía diferentes plazas. El plan de Lamoricière era concentrar todas sus fuerzas en Ancona, y al recibir el 11 de septiembre la noticia del avance de las fuerzas piemontesas, comunicó con dicho objeto sus órdenes desde Espoleto, donde tenía su cuartel general. No le fué posible realizarlo, porque ya el 12 Cialdini había obligado á rendirse á la guarnición de Fano, compuesta de mil doscientos hombres, y el 14 se rindió Perugia con mil setecientos soldados á las órdenes del general Schmidt: otro tanto sucedió con Orvieto. Quedaba, pues, la Umbría casi perdida.

Lamoricière tenía sólo cinco mil hombres cuando el 18 quiso abrirse camino desde Loreto á Ancona, camino que le cerraba Cialdini cerca de Castelfidardo con fuerzas muy superiores. Al pasar las fuerzas pontificias el arroyo Musone que las separaba del ejército piemontés, trabó el combate el general Pimodán con cuatro batallones y medio; pero abrumados por el número y por la artillería de sus contrarios, tuvieron que ceder y replegarse. Al observarlo Lamoricière, envió inútilmente algunos refuerzos. A pesar de los hechos individuales de heroísmo, á pesar de la admirable conducta de los tiradores franco-belgas, á pesar de la notable firmeza del batallón austriaco del mayor Feschmann, los soldados pontificios, faltos de cohesión por no haber tenido tiempo de adquirir la instrucción suficiente, se desbandaron, sobre todo después de haber caído mor-